



## DISCURSO DÉCIMO

### EL CIELO

Domine, bonum est nos hic esse.

Señor, bueno es estaros aquí.

(MATT. XVII. 4.)

### EXORDIO

*Ex abrupto.*  
Deseos de la gloria.

#### I

AL cielo, al cielo, amadísimos hermanos; al cielo todos, por descripción de las miserias del mundo, á nuestra patria, al lugar del descanso y alegría. ¿Quién no desea romper las ataduras de esta mortalidad y volar libre á la bienaventuranza de la gloria? ¿Quién ha de vivir gustoso en esta cárcel tenebrosa y valle de miserias, donde no se oyen sino ayes de dolor y hondo sollozar, ni se ven más que lágrimas, calamidades y pecados? (distribución y Quéjense los ricos de los pobres y los pobres de los ricos, los criados de los amos y los amos de los criados, y nadie vive contento con su suerte. Hermosa es Raquel, pero laméntase porque no es fecunda como Lía. Fecunda es Lía, pero se aflige por no ser de la hermosura de Raquel. Rico es Naamán; pero ¿de qué le sirven las riquezas si la lepra le consume? Poderosísimo Augusto, mas no tiene sucesión. Temido Tiberio, pero no tiene un amigo que se le acerque.

Y aun este poquito de felicidad águanlo mil zozobras y de sus bienes magnadísimos. sobresaltos. Al poderío de los príncipes, acechan con las armas los súbditos rebeldes; al sosiego y prianza de los validos, otros cortesanos con intrigas y marañas; al renombre de los letrados, sus émulos envidiosos; á la seguridad de los



ricos, astutos robadores; al bien de los amantes, rivales encarnizados. Todo es discordia, todo malquerencia, todo inquietud, peligros, ansiedad, desasosiego, turbación. ¿Y hay quien se enamore de esta vida? ¿Y hay quien guste de vivir más tiempo en lugar tan ruin y miserable? Bien dijo el que dijo que es tan mentirosa, tan apocada y llena de asechanzas la vida humana, que nadie la recibiera de su voluntad, si se la ofrecieran de balde, conociéndola <sup>1</sup>.

Consec. confirmada con testimonio.

Amplificación y semillas de los afectos.

Y nosotros que la conocemos, que hemos gustado su amargura de hiel, ¿aún sufriremos permanecer más tiempo desterrados de nuestra patria? Al cielo, pues, al cielo, amadísimos hermanos; subamos hoy al cielo, si no con el cuerpo, con el pensamiento y el corazón; si no con la carne pesada y pegajosa, con el espíritu ferviente y desembarazado. El carro de Elías, el de los caballos de fuego, habemos menester, *currus igneus, et equi ignei* <sup>2</sup>, para encumbrarnos á tanta alteza; carro de fuego que luzca y centellee; carro de fuego que encienda sin quemar, que arrebate sin trastornar en su carrera. Porque sólo quien ardorosamente desee la posesión de la gloria, podrá seguir mi vuelo á aquellas altísimas regiones; y si levantándoos yo sobre las nubes os llevo á representar siquiera **la entrada de un alma justa en los tabernáculos de Dios**, persuadido estoy que no sólo rebotaréis de júbilo, como Pedro en el Tabor, al descubrir una pálida vislumbre de los eternos gozos, sino que saldréis tan sabrosos de la plática, que por ventura exclamaréis con el apóstol San Pablo: Quebrantad, Señor, estas cadenas, deshaced los grillos que me aprisionan á este cuerpo mortal y deleznable: Señor, no puedo más: *Quis me liberabit de corpore mortis huius?* <sup>3</sup> Prestadme, pues, vuestra benévola atención, que es difícil empresa la que tomo, no fiado de mi elocuencia, que nada vale, mas del favor divino y de la grandeza misma del asunto.

Proposición,

fin y blanco del discurso.

<sup>1</sup> Nihil tam fallax, nihil tam insidiosum quam vita humana; non mehercule quisquam accepisset, nisi daretur insciis. Sen. de Consol. ad Marc. c. 22.—<sup>2</sup> 4 Reg., II, 11.—<sup>3</sup> Rom., VII, 24.

## PARTE PRIMERA

### II

«Imagine, pues, cada cual que ha llegado el dichosísimo momento en que, desahuciado felizmente de los médicos, va á trocar la tierra por el cielo, la baja de este valle de lágrimas por la alteza de la gloria. Ya se despide, si no con la boca, con el corazón, y dice á los atónitos circunstantes: Adiós, padres; adiós, hermanos; adiós, amigos; quedaos en paz, que yo me voy al cielo y á la casa de mi Dios: *In domum Domini ibimus* <sup>1</sup>. Y dejando en la tierra la pesadumbre de vuestro cuerpo, para recobrarlo más tarde glorioso y resplandeciente, subís conmigo sobre el carro del profeta Elías, y en él os llevo como en triunfo á la suprema región de los palacios de la gloria. Tránsito bienaventurado, viaje felicísimo, con cuya memoria se consolaba David y templaba las congojas de este siglo con las alegrías de lo porvenir, diciendo al Señor: ¿Cuándo veré tus cielos, obra de tus dedos soberanos? ¿cuándo contemplaré de cerca la luna y las estrellas que fundaste? *Videbo coelos tuos, opera digitorum tuorum, lunam et stellas quae tu fundasti* <sup>2</sup>.

Arg. 1.º  
Libélos del alma, desde el punto de la muerte hasta llegar al sol.

Partida de este mundo por tierra prosopopeya.

«Porque atravesaréis primero esa atmósfera que nos circunda, y veréis la maravillosa disposición de la Providencia en el mantenimiento de los mortales. Veréis cómo produce Dios y saca los vientos de sus tesoros, en expresión del Profeta <sup>3</sup>, y se encaminan, despacio ó violentamente, adonde y como el Gobernador del mundo los envía <sup>4</sup>. Veréis cómo prende y ata las aguas en las nubes, como dice Job <sup>5</sup>, de tal manera que no caiga de lleno en lleno sobre la haz de la tierra, sino colándolas como por tela de cedazo. Entonces podréis responder al santo Job, que atónito preguntaba: ¿Por ventura has entrado en la recámara de Dios, donde tiene encerrados los tesoros de la nieve y del granizo? <sup>6</sup>

Enumeración y descripción de los fenómenos del aire.

veréis las causas de los vientos.

de las lluvias,

de las nieves y granizos.

<sup>1</sup> Ps. CXXI, 1.—<sup>2</sup> Ps. VIII, 4.—<sup>3</sup> Ps. CXXXIV.

<sup>4</sup> Job, XXXVII, 1.—<sup>5</sup> Job, XXVI.



*Numquid ingressus est thesauros nivis, et thesauros grandinis aspexisti?*<sup>1</sup> Porque veréis cómo se engendran los rocíos de la mañana, las heladas escarchas del invierno, las nieves que blanquean las montañas, los granizos que talan los sembrados y el arco-iris que arrebola el cielo y rodea la tierra con abrazo de alianza. Ya sin temor ni sobresalto veréis las fraguas de los rayos y los carros centelleantes de Dios, como llama el Profeta á las nubes preñadas y tempestuosas con que, atronando el Hacedor, espanta á los vivientes. De aquí levantados veréis la redondez de la luna tan vistosa y plateada, sus cumbres y hondonadas, la causa de sus mudanzas y semblantes, su jurisdicción y señorío en este mundo menor, y aquellas como riendas que tiene en la mano este satélite, con que se apodera de las aguas y los mares, y los rige y los trae á su mandar».

«Mas ¿qué sentiréis al ver de cerca aquel vaso admirable de lumbré, obra del Excelso y verdaderamente grande del Señor que lo formó, como dice el Eclesiástico<sup>2</sup>; aquella hoguera inmortal y encendidísima del sol, palacio del Hacedor, según David<sup>3</sup>, y como tienda de campaña clavada para la divinidad en las soledades del firmamento? ¡Oh qué admiración al ver su hermosura incomparable como de esposo que sale á bodas, muy compuesto y gallardo, de su tálamo! Hermosura que nunca se marchita; con cuya luz, no bien raya sobre la tierra, se engrían las plantas, despliegan las flores sus corolas, matizanse los frutos, corren con más alegría las fuentes, soplan con suavidad los vientos, cantan las aves, todo el mundo recobra nueva vida. ¡Oh qué pasmo al ver la esfera inmensa de su actividad, sus fuerzas de gigante, que no hay quien se esconda de su espantosa eficacia y resplandor, como aseguró el Profeta!<sup>4</sup> ¡Qué asombro contemplar su magnitud de un millón cuatrocientas mil veces mayor que el planeta que habitamos, y cómo desde esa distancia tan apartada de treinta y ocho millones de leguas, él madura las mieses, da los esquilmos de las vides, la propagación de los animales, que por su virtud se multiplican

<sup>1</sup> Job, xxxviii, 22.—<sup>2</sup> Eccli., xliii, 2.

<sup>3</sup> Ps. xviii, 6.—<sup>4</sup> Ibid.

y conservan en el mundo, y de su claridad y virtud reciben virtud y claridad los astros, que, como al rey los cortesanos y grandes, le rodean majestuosamente y reconocen homénaje! ¡Cuán engrandecidas son vuestras obras, oh Señor!, exclamaréis enajenados; ¿cuándo llegaré al cielo y pareceré delante de vuestro acatamiento? *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?*<sup>1</sup> Si tan hermosas son tus criaturas, tan lindas las huellas de tus pies, ¿qué será contemplar tu cara en el lleno de tu gloria y bienaventuranza? *Videbitur in gloria sua*<sup>2</sup>. ¿Qué será mirar de hito en hito y bañarse y sumirse en la lumbré celestial del Sol eterno? *Ea, espíritus soberanos, apresurad el vuelo, que se me tarda mi felicidad.*»

## III

«Llegaréis; pero es fuerza cruzar rápidamente los dominios del sol, donde se mueven los demás planetas, oscuros y sin más luz que la reverberada por el astro del día y ojo del mundo. Dejemos al sanguinoso Marte, á Vesta, á Juno, á Ceres, á Palas, á Júpiter y Saturno, á Urano y á Neptuno con sus satélites y anillos, con sus lunas y coronas, con sus movimientos ánuos y diurnos de Occidente á Oriente, y entremos y atravesemos sin tardanza en el mar infinito del espacio esplendoroso.

«¿Quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas y con tantos diamantes tan resplandecientes? ¿Quién os colgó en el aire, soles incommensurables, lumbreras incansables, lámparas inextinguibles, antorchas que vais alumbrándonos en el camino de la gloria? ¡Oh cómo os gozaréis viendo las virtudes é influencias de las estrellas y os abrumará tanta muchedumbre, que sólo aquel Señor que las hizo sabe su número y llama á cada una por su nombre!<sup>3</sup> ¡Cómo diréis, con el profeta Baruc: Dios es el que envió la luz, y la luz obedeció temblando. Las estrellas dieron luz en sus estancias con alegría: fueron llamadas y respondieron: Aquí estamos; y obedecieron muy alegres al Se-

imagen del Sol eterno, Dios.

«Efectos de deseo y de maravilla.

Arg. 2.<sup>o</sup>  
Jubilos del alma, desde el sol hasta llegar á las puertas del paraíso.

Transición, por protección de los planetas.

Descripción poética de los cielos estrellados.

Muchedumbre de astros, sus influencias,

su concierto, y distancias.

<sup>1</sup> Ps. xli, 3.—<sup>2</sup> Ps. ci, 17.—<sup>3</sup> Ps. cxlvi.

de los rayos y tempestades,

de la luna,

del sol.

Su hermosura por varias visiones de las Santas Letras,

su actividad y magestad,



ñor que las crió! <sup>1</sup> Veréis el orden de sus movimientos, sus órbitas inmensas por los ámbitos celestes, y veréis aquel concierto y armonía suavísima, nacida de la proporción y variedad con que se mueven, de que habla Dios por Job, diciendo: ¿Quién contará la disposición de los cielos? Y su armonía ¿quién la hará callar? <sup>2</sup> Preludios son de las músicas del paraíso, hermosa pradería de vistosísimas flores con que se adornan los arrabales de la ciudad eterna.

Disortión. Una mirada á la tierra por prosopopeya llustre.

«Pero ¿cómo no volveréis involuntariamente la cabeza hacia la mezquina tierra, morada de los míseros mortales? Entonces sí que miraréis la tierra desde lejos, como dijo Isaías: *Cernent terram de longe* <sup>3</sup>; porque, si la estrella más vecina dista de la baja tierra más de seis billones novecientos mil millones de leguas, ¿dónde centellean y se mueven las postreras del firmamento y cuya luz no ha llegado todavía? Pues, á tal distancia, ¿qué os parecerá la habitación de los hombres?—¿Dónde está mi antigua vivienda?, exclamaréis. ¿Dónde mis heredades? ¿Dónde está mi patria? ¿Dónde España? ¿Dónde, que no parece en aquellos abismos profundísimos, Europa? ¡Qué pequeña es la tierra cotejada con la inmensidad de los astros! ¡Qué espesa noche envuelve á los mortales, si se compara con los torrentes de luz que me rodean! ¿Y por un palmo de tierra vil aventuré la posesión del cielo? ¡Ciegos é insensatos hombres, que, por ensanchar los lindes de vuestros estados y señorios, lucháis y os hacéis pedazos! Un punto es, un punto ese terruño vil donde navegáis por el mar inmensurable del espacio; eso donde guerrearís á muerte, donde repartís los reinos y provincias, es un punto, dijo Séneca: *Punctum est, punctum est in quo navigatis, in quo bellatis, in quo regna disponitis, punctum est* <sup>4</sup>. Un palmo de tierra, de la cual os roban la mayor parte los mares y los ríos, y os merman notablemente las montañas y desiertos páramos, es el vasto campo de vuestras grandezas. Allí tenéis vuestras contien-  
das, allí limitáis los horizontes de vuestra ambición, allí ceñis vuestra felicidad y allí estrecháis vuestro apocado es-

y apóstrofe á los mortales;

por hipérbolos;

por antitesis

<sup>1</sup> Bar., III, — <sup>2</sup> Job, XXXVIII, 37.

<sup>3</sup> Is., XXXIII, 17, — <sup>4</sup> De quaest. nat., I, 1.

píritu, con ser capaz de estos cielos, capaz de la gloria, capaz del infinito Dios. *Levate in excelsum oculos, et videte* <sup>1</sup>. Alzad los ojos al cielo y mirad las relucientes antorchas que reconocéis ser millares de millares de veces mayores que la tierra, y sabed, hombres, que todo es para vosotros. *Qui vicerit, possidebit haec* <sup>2</sup>. El que venciere, todo esto poseerá. <sup>3</sup> Para vosotros son estos campos, estas estrellas, estas provincias amenísimas y dilatadísimas; para vosotros cuanto encierra la interminable redondez de lo criado.»

y repeticiones elegantes.

## IV

Arg. 3.<sup>o</sup> Juntos del alma, á la primera vista de la ciudad eterna.

«Atonitos y enajenado el corazón traspasaréis un cielo y otro cielo, una esfera y otra esfera, un mundo y otro mundo, y embelesados en su contemplación, hariais alto y pararíais allí eternamente, si no os aguijara el ímpetu del espíritu de Dios, que os quiere introducir ya en las moradas perpetuas de los santos. Otros cielos os esperan, otras armonías, otros deleites, otros bienes sobrecelestiales y divinos. Albricias, llegado hemos á la vista del emperio. Angeles, aceleremos la carrera. Apresurémonos á entrar en el descanso perdurable: *Festinemus ingredi in illam requiem* <sup>3</sup>. Jerusalén, Jerusalén se ve, veis aquí la hermosa Jerusalén; hela, ya pareció la hermosa Jerusalén, por la cual suspirábamos tan dolorosamente junto á los ríos de la Babilonia terrenal, *super flumina Babylonis* <sup>4</sup>.

por conduplicación.

«¡Oh dulce patria! ¡Oh tierra de los vivos! Salve, <sup>5</sup> puerto deseado, paraíso de deleites, refugio de las almas acosadas. Salve, corte de inmensa majestad, casa de bendición, reino y tabernáculo de Dios reconciliado con los <sup>6</sup> hombres pecadores: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus* <sup>5</sup>. ¡Qué hermoso! ¡qué resplandeciente! ¡qué arrebatador! Cuanto de bello, de lindo, de grandioso visteis en los cielos inferiores, os parecerá la lucecita de una candela puesta á par del sol. Y ¿por qué imagináis que quise particularizar

repetición.

<sup>1</sup> Is., XL, 26, — <sup>2</sup> Apoc., XXI, 7, — <sup>3</sup> Hebr., IV, 11.

<sup>4</sup> Ps. CXXXVI, 1, — <sup>5</sup> Apoc., XXI, 3.



las magnificencias del tránsito y peregrinación celeste, sino para que saquéis la hermosura y lindeza de la ciudad por la de sus afueras y arrabales?»

Hermosura del cielo, como a priori sacada de la hermosura de la tierra.

«No, no es tiempo malgastado, católicos, el que empleé en semejantes descripciones. Porque, discurrid conmigo y respondedme: si tan ricos y primorosos son las piezas del mundo, que para los bienaventurados vienen á ser como los bajos y cavernas subterráneas, lugar vil y despreciado, ¿qué tales y tan primorosas serán las estancias donde han de vivir eternamente, los atrios que han de recorrer, los jardines en que han de solazarse? Si tales son los cimientos, ¿qué serán las bóvedas y techumbre? Si así relumbra el suelo y bajo pavimento, ¿cómo resplandecerán las columnas y artesones? ¿No os parece que será opulenta la morada que fabricó Dios para descanso y galardón de sus escogidos; para un San Pedro, crucificado por su amor; para un San Pablo, degollado por su amor; para la inmensa muchedumbre de los gloriosos mártires que por su amor se descarnaron de sí mismos y sacrificaron sus vidas hasta la muerte? *Non dilexerunt animas suas usque ad mortem* <sup>1</sup>. Si la liberalidad de este Señor es tan copiosa en este destierro hasta con los Decios y Nerones, ¿cuál será el palacio real aparejado para sus amigos? ¿Cuán magnífica y galana será la hermosura de las cosas inmortales, pues las caducas y perecederas son tan lindas y hermosas! Podemos justamente exclamar con San Eucherio: *Quam magnifica fulgebit perpetuis forma rebus, cum sit nunc tam speciosa perituris!*» <sup>2</sup>

el fin de entrambos.

por contraposiciones y ejemplos.

Arg. 4.<sup>o</sup> Júbilos del alma, al abrirse las puertas celestiales.

Hermosura del cielo, como a posteriori.

## V

Veréis, pues, aquella soberana Jerusalén asentada sobre los cielos de los cielos, en la región del mundo más pura, más levantada y resplandeciente. La grandeza y anchura de sus ámbitos, si lo preguntáis al santo profeta Jeremías, os dirá que sobrepujan toda medida: *Si mensurari potuerint coeli sursum* <sup>3</sup>; la transparencia de sus altos muros excede la de

<sup>1</sup> Apoc. xii, 17.—<sup>2</sup> Epist. 4. Paraen.—<sup>3</sup> Jer. xxxi, 37.

las aguas y cristales; sus alhajas y atavíos, todas las galas y hermosuras del mundo. La cortedad de nuestro entendimiento, sumido y encarnado en la materia, ha menester que le guíen por las cosas materiales y sensibles al conocimiento de las espirituales y eternas. Y así, el glorioso San Juan, que vió la ciudad de los vivientes, describela cuadrada y de hechura primorosísima. Su fábrica son perlas y diamantes, las labores de su edificio más ricas que la misma fábrica. Verdaderamente es ciudad de perfectísima hermosura, *urbis perfecti decoris* <sup>1</sup>; al fin como casa de Dios y asiento de su gloria.

por el lugar.

por la grandeza y perfección de la obra.

Veréis los cimientos labrados de piedras preciosas y las doce suntuosísimas puertas, que son doce lucentes margaritas: *Duodecim portae, duodecim margaritae* <sup>2</sup>. ¿Qué forma tan peregrina! ¡qué elegancia! ¡qué grandiosidad! ¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, oh Jacob, y tus tiendas de campaña, oh Israel! *Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentoria tua, Israel* <sup>3</sup>. Acerquémonos á sus puertas inmortales, llamemos con ansiedad y júbilo, repitiendo las palabras del Profeta: *Attollite portas, principes, vestras* <sup>4</sup>. Alzad, Principes, las puertas de la gloria; abridme la casa de mi eternidad. Mas ¿á qué cansarse, si espontáneamente se abrirán y os saldrán al encuentro coros de regocijados ángeles que, con festivas músicas y aplausos, os acompañarán y entonarán el celebrado verso: *Intra in gaudium Domini tui* <sup>5</sup>. Entra, ¡oh mortal bienaventurado!, entra en el gozo de tu Señor; dándoos á entender la grandeza de vuestra felicidad y bienaventuranza; bienaventuranza y felicidad tan inmensa, tan infinita, que, según anota San Anselmo, no pudiendo el ancho mar del gozo entrar en vuestro espíritu, deberéis vosotros entraros y sumiros en el gozo.

Entrada triunfal por apóstrofe

por corrección:

por hipotiposis,

por divina hiperbole.

## VI

Y aquí os dejo, hermanos míos, en tan buenas manos como las de los santos ángeles. Lo que en compañía de

Arg. 5.<sup>o</sup> Júbilos del alma, por la bienaventuranza accidental.

<sup>1</sup> Thren., ii, 15.—<sup>2</sup> Apoc., xxi, 21.—<sup>3</sup> Num., xxiv, 5.

<sup>4</sup> Ps. xxiii, 7.—<sup>5</sup> Matth., xxv, 23.



Transición, ellos veréis y gozaréis, no lo sé. Bástame haberos encaminado á los umbrales del celestial palacio; que son además

dubitación, tan soberanos y sobre todo sentido los bienes que encierra, que ni ojo vió, ni oído oyó, ni cabe en entendimiento de hombre cuanto preparó el Señor á sus fervientes amadores: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis, qui diligunt illum* <sup>1</sup>. Y ¿qué he de decirlo, miserable de mí, que tan poco alcanzo de las cosas del cielo? ¿Qué he de decirlo sino que entraréis en una región nueva y por extremo deleitosa, donde ni hay rastro de dolor que os lastime, ni noche que os entristezca con sus sombras, ni esto que os enfade con sus ardores, ni invierno que con sus rigores os moleste? ¿Donde los ojos, renovados y esclarecidos sobre la lumbre del sol, verán cuanto de lindo pueden codiciar, y los oídos oírán cuantas armonías podrán apeteer, y el olfato será recreado de cuantos suavísimos olores puede percibir, y el gusto de cuantas dulzuras es imposible imaginar, y el tacto de todo linaje de blanduras y deleites celestiales? ¿Donde vuestro cuerpo será tan luminoso y resplandeciente, que todas las cosas claras y relucientes, y el mismo sol, parecerán negrura y obscuridad; tan ágil y ligero, que venceréis al rayo y á la luz; tan sutil y penetrante, que aventajaréis al fuego; y tan fuerte é impasible, que el diamante en su comparación es deleznable y quebradizo? ¿Donde las edades todas del hombre concurrirán en uno para formaros perfecto; la niñez con su candor y frescura, la juventud con sus aceros, la edad varonil con su robustez, la ancianidad con su seso y venerable continente? ¿Donde, á un abrir los ojos, os hallaréis con un perfecto conocimiento de las lenguas de todos los pueblos, de las historias de todas las naciones y de las gracias y donaires de todos los vocabularios, y con esto, dotados de todas las voces y suavísima garganta, de todas las invenciones é ingenios, de todas las especulaciones de los sabios? ¿Donde... pero ¿qué estoy balbuciendo como niño, si los gozos y riquezas de la gloria son inefables, ni puede hombre mortal rastrearlos con su entendimiento, ni menos

<sup>1</sup> 1 Cor., II, 9.

declararlos con su torpe lengua? *Arcana verba, quae non licet homini loqui* <sup>1</sup>. Arcanos los llama San Pablo, sacramentos recónditos, investigables misterios; mientras, cuanto acabamos de decir predicase en los púlpitos, estámpase en los libros, dibújase en los lienzos, y, lejos de ser arcanos, son vulgaridades muy trilladas.

Diréos solamente lo que me figuro ha de suceder en el primer recibimiento de los ángeles; que os llevarán como bilos en palmas y entre cantares de alegría por calles empedradas de finísimo oro al trono de la majestad de Dios, pero no sin que os muestren de camino las estancias y mansiones tan diversas, con cuya posesión esforzaba Jesucristo á sus tristes y desmayados apóstoles. Descubrirán á vuestros ojos la maravillosa hermandad de los escogidos, y cómo aquella distinción de grados no arguye discordancia de voluntades; porque aquella heredad celestial para todos es una, para cada uno toda, y, por comunicación recíproca, de los gozos de todos recibe cada uno alegría tan colmada como si él mismo los poseyera; que allí la muchedumbre no engendra confusión, ni la preeminencia altanería, ni la inferioridad emulación, ni la desigualdad rompimientos de desavenencias; porque, señoreándose la caridad y participando todos de un mismo espíritu, no hay hermano que desee más parte de la herencia que la señalada por el gran Padre de familia; por donde todo es unión, todo concordia, todos son tan amigables entre sí, que parecen un alma, y un corazón, y un pueblo verdaderamente sentado en la hermosura de la paz: *Sedebit populus in pulcritudine pacis* <sup>2</sup>. Paz del hombre con Dios, paz de los inferiores con los superiores, paz del cuerpo con el alma, paz de los apetitos con la razón.

Así es de creer que os instruirán los ángeles, vuestros ilustres compañeros, cuando á la nueva de vuestro advenimiento veréis que salen á porfía y en alegres coros los bienaventurados de Dios, más gojocidamente que las hijas de la otra Jerusalén al encuentro de David cuando volvía de su famoso triunfo. ¿Qué sentiréis, qué diréis, pues, al

<sup>2</sup> 2 Cor., XII, 4. — 2 Is., XXXII, 18.

confirmada por el dicho del Apóstol.

Protopopeya táctica y nuevos júbilos

con la compañía de los ciudadanos.

su entrañable concordia.

por bellísimas antítesis e hipotiposis.

La verdadera paz.

Creciente júbilo con la vista de amigos y parientes.



encontraros por ventura entre la infinita muchedumbre de los santos que os aplauden, con los amigos, con los padres, con los hermanos amadísimos que os precedieron en la carrera? ¡Oh, con qué alegría los abrazaréis y os abrazará! ¡Con qué gozo les daréis y os darán paz en el rostro! ¡Qué torrentes de placer inundarán vuestra alma viendo asegurada la compañía eterna de aquellos cuya partida y breve ausencia tan amargamente llorasteis!—¡Esposo mío dulcísimo!, dirá la pobrecita viuda; ¡madre mía muy amada!, dirá el hijo, ¿conque os torno á ver, oh madre mía? Aquí estáis, ¡oh mi más cordial y entrañable amigo! Pero ¡cuán trocado y acrecentado en hermosura! ¿Os acordáis cuando nos preguntábamos qué sería de nosotros por toda una eternidad? Henos aquí juntos, henos aquí hermanados para siempre, sin temor de que nadie rompa nuestra amistad en Dios: *Sic semper cum Domino erimus* <sup>1</sup>. Pues ¿qué júbilo será el vuestro en viendo los Santos de vuestro amor y devoción: á San José, Esposo de Nuestra Señora; al gran Bautista; á San Francisco, á Santo Domingo, al glorioso San Antonio, al bienaventurado San Ignacio, á Santa Teresa de Jesús, y conozcáis de cara y converséis rostro á rostro con aquellos cuyos altares tanto visitasteis, en cuya reverencia tantas veces ayunasteis, por cuya gloria tanto os desvelasteis en los días de vuestra peregrinación?

Si el ver y conocer á un Tito Livio tuvieron muchos por sobrado galardón de sus viajes desde los últimos confines de la tierra, ¿qué será ver y tratar mano á mano con el príncipe de la Iglesia, San Pedro; con el predicador de las gentes, San Pablo; con el oráculo de las escuelas, Santo Tomás de Aquino; con un Agustín, con un Crisóstomo, con un Jerónimo, y poderles decir las palabras del santo Job: Con mis oídos oí gustosamente tus alabanzas, tus virtudes y tu gloria; pero ya no habrá menester quién me lo cuente, pues lo veo con mis ojos: *Auditu auris audivi te; nunc autem oculus meus videt te* <sup>2</sup>. Querréis, sin duda, postraros á sus pies, mas ellos no lo sufrirán y os tomarán regaladamente

<sup>1</sup> 1 Tess., IV, 17.—<sup>2</sup> Job, XLII, 5.

de la mano, trayéndoos á la memoria que ya no sois sus devotos, sino conciudadanos suyos; no protegidos, sino amigos y compañeros: *ſam non eſtis hoſpites et advenae, ſed eſtis cives ſanctorum et domeſtici Dei* <sup>1</sup>.

## VII

Con este nobilísimo acompañamiento iréis acercándoos al trono de la majestad de Dios en las alturas, y subiendo sobre todos los coros de los ángeles; y visto cómo triunfan los supremos principados, cómo se alegran las potestades, cómo se enseñorean las dominaciones, cómo resplandecen las virtudes, y relampaguean los tronos, y lucen los querubines, y arden los serafines; y hecho profundo acatamiento á la bendita sobre todas las mujeres, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna, Reina del cielo y Señora nuestra, María Santísima, y adorada la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo, vuestro amorosísimo libertador, os confortarán el entendimiento con una lumbre poderosísima, y veréis, ¡oh vista maravillosa!, ¡oh vista bienaventurada!, veréis en un abismo de inmenso resplandor, en un solio de infinita majestad, en un centro de gloria y beatitud, á vuestro Dios y supremo Hacedor: *Videbitis eum, ſicuti eſt* <sup>2</sup>.

Veréis á Dios; pero ¿qué significa ver á Dios? ¡Oh quién alumbrara mi entendimiento, quién purificara mis labios para trazaros siquiera un borrón de lo inefable que encierra este ver á Dios! Veréis aquella altísima substancia, aquella esencia nobilísima, aquella divinidad incomprensible, que, anegada en el mar de su misma bienaventuranza, ha estado infinitas eternidades sin entendimientos de criatura que lo conociesen, y no era por ello menos feliz por vivir solo, ni menos glorioso por más oculto y escondido. Veréis á aquel que es la bienaventuranza universal de todo lo criado y fuente de perennal hermosura; á aquel por quien es todo lo que es, por quien vive todo cuanto vive, por quien

<sup>1</sup> Eph., II, 19.—<sup>2</sup> 1 Joan., III, 2.

por dialogamos dulcísimo

y explicaciones oratorias;

con la vista de los santos de nuestra particular devoción.

Ampliación por comparación á minor.

por prosopopeyas y visiones.

Arg. 6.º  
Jubilos del alma por la bienaventuranza esencial.

Transición notable por pretensión y sustentación.

los nueve coros, María Santísima, Jesucristo;

interrupción y éxtasis.

La visión beatífica;

en declaración.







me levantó vuestra diestra á la participación de vuestra divinidad. Beneficio es de vuestra largueza, no merecimiento mío; comunicador sois y derramador infinito de vuestros tesoros, y yo un vilísimo y miserable pecador. *Salvum me fecit, quoniam voluit me* <sup>1</sup>. Le diré que ése es mi mayor contentamiento, y que no sería mi bienaventuranza tan cumplida, si fuera obra de mis manos y no favor de su inagotable liberalidad; que pensar en ella y en su amor graciosísimo me abraza más y más é hinche de júbilo mis huesos. Le diré que, si me alegro en la contemplación beatífica de su Deidad, no es por el gozo que redundaba en mí, sino por el gozo y bienaventuranza de él. Le diré que por su amor querría sacrificar mil vidas, que en su obsequio padeciera gustoso los tormentos del infierno, y que, si no viéndole más, pudiera añadir un rayo á la corona de su eterna dicha, un solo adarme á su gloria, aunque extrínseca y accidental, escogiera la privación de no verle, aun después de experimentado el placer de haberle visto.—

Esto, é infinito más, pienso decir cuando amanezca mi día, en compareciendo ante la faz benignísima de mi Señor, de mi Padre, de mi Esposo, de mi Dios, cuando me junte con él y me transforme en él. Porque á la manera, dice Santo Tomás, que el hierro encendido y hecho ascua en la fragua viste las propiedades de fuego, y el aire embestido y penetrado de los rayos del sol resplandece como el sol, así Dios me entrará en sus entrañas y me penetrará tan íntima y profundamente, que pareceremos uno yo y Dios, Dios y yo. *In eandem imaginem transformabimur.*

Pero ¿qué estor me arrebató? ¿Oh alteza! ¿oh sumo Bien! ¿oh exceso de caridad! ¿Es posible que ha de llegar día en que éste mi pobre corazón le posea, y mi carne y mis huesos se hinchan de Divinidad, y mis ojos de tierra se embriaguen mirando al Rey de la gloria en el lleno de su hermosura? *Regem in decore suo videbunt oculi mei*? <sup>2</sup>. ¡Oh! ¿cuándo será, Señor, cuándo será? Cadenas importunas de este mundo que tenéis aherrojado mi noble espíritu, ¿cuándo os

<sup>1</sup> Psalm. XVII, 20. — <sup>2</sup> Is., XXXIII, 17.

quebraréis y me dejaréis volar á mi Dios, como la saeta al blanco, como la piedra al centro, como el fuego impetuoso á su esfera? ¡Oh vida larguísima é incomportable! ¡oh muerte! ¿dónde estás, que no te veo? Mátame el vivir; y si ya muriera, verdaderamente viviera. ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? *Quis me liberabit de corpore mortis hujus*? <sup>1</sup>. ¡Oh montes! ¡oh valles! ¡oh jardines y praderas de la tierra, nada tengo que ver ya con vosotros! ¿Qué me podéis ofrecer de lindo y admirable, que no esté muy más aventajadamente en el cielo que me espera? Teneos, reyes, vuestros estados; teneos, soldados y conquistadores, vuestra gloria; teneos, sabios, vuestra ciencia; teneos, regala- y antitesis. dos, vuestros deleites; teneos, avarientos, vuestros tesoros y riquezas. No os lo envidio; el cielo, el paraíso quiero. *Melior est una dies in atriis tuis, super millia* <sup>2</sup>. Un día, un solo instante de ver á Dios, no ya en el *Sancta Sanctorum* de la Divinidad, sino en los portales del templo de la gloria, *in atriis Domini*, me colmará de más gozo que el que tuvisteis en los eriales de acá abajo desde que el mundo existe, hasta que se acabe. ¡Oh día venturosísimo! ¡oh entrada del alma justa en la ciudad eterna! Momento feliz y solemni- Epilogo. da de las solemnidades: *In insigni die solemnitatibus meae* <sup>3</sup>.

Confúndome, hermanos míos, deslumbreado está mi entendimiento, anegado mi corazón en este golfo de sobrehumana dulcedumbre. No sé si vivo en el cuerpo, ó si arrojado lejos de este cuerpo, no lo sé: *Sive in corpore nescio, sive extra corpus nescio* <sup>4</sup>. ¿Qué se pasa en mí, que me parece por una parte estar enajenado y suspenso, y por otra que ando sin rumbo fijo, sin seguir el hilo de un afecto ó discurso? Termino, pues, por donde comencé. Ténganse la tierra los que aman la tierra; mas los que ansían ser verdaderamente bienaventurados y felices, al cielo encaminen los suspiros, al cielo enderecen los pensamientos, en el cielo claven sus corazones inmortales, no en los bienes viles y caducos de este siglo: *Quae sursum sunt quaerite, quae sursum sunt sapite, non quae super terram* <sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Rom., VII, 24. — <sup>2</sup> Ps. LXXXIII, 17. — <sup>3</sup> Ps. LXXX, 4.

<sup>4</sup> 2 Cor., XII, 2. — <sup>5</sup> Coloss., III, 2.

de amor deíco,

de fruición inmensa.

Deificación del alma, declarada

por los similitud del hierro y el fuego, del aire y el rayo del sol.

Corrección y transición á los afectos contrarios de menosprecio de la tierra.

por haberse referentemente á Dios.

á la vida-y á la muerte.

al mundo y á los hombres.

arrobamiento ó éxtasis.

por concesiones

y antitesis.

Epilogo.

Vociferar en sí del éxtasis

Peroración.



Fig. 8.º ó  
CONCLUSIÓN  
PRÁCTICA.  
Estima que he-  
mos de hacer del  
cielo.

## SEGUNDA PARTE

## IX

He procurado hasta aquí poner á vuestra vista una como entrada triunfal del alma justa en la gloria de los santos, tal como me lo sugirió mi pensamiento tras larga y atenta consideración. Lejos de mí creer que la copia remede ni de mucho la grandeza del original. Trazó el profeta Ezequiel sobre ladrillos de arcilla la planta y disposición de la Jerusalén terrestre; mas yo en mi atrevido pensamiento osé describirlo la Jerusalén celestial. Tosca labor, por cierto, borraré feísimo no comparable con la obra altísima del Dios galardoador. He hablado del cielo muy ruin y limitadamente, harto lo sé, ni es menester que nadie me lo advierta. Pero ved aquí una de aquellas ocasiones en que haber predicado mal me ayuda á perorar bien, y el haber dicho poco sírvenme para deducir muchas y graves consecuencias.

Resumen de la  
primera parte por  
disimulación;

propone paradójica:  
Luego el cielo  
es dignísimo de  
granjearse á toda  
costa.

Por ficción be-  
llosísima.

Si os prometie-  
ra eterna juven-  
tud,

pasarais por mil  
trabajos:

Convencido estoy que no dije ni declaré una partecita mínima de aquella bienaventuranza que los santos gozan en el cielo; pero, aun dado que no hubiese más, ¿no os parece que sería digna de granjearse á toda costa? ¿Pues qué si es tanto mayor que, en cuanto dije, nada dije de sus secretos y dulzuras inefables? Oid un argumento del Crisóstomo, no menos gracioso que verdadero y convincente. Decidme, pues, ¡oh anciano!, si os prometiera en un momento quitaros las arrugas de la frente, y remozaros totalmente, y daros encima mil años de florida juventud, siempre frescos, siempre lozanos, siempre hermosos y robustos, ¿qué no me daríais? ¿Qué no dió por alargar la vida el infeliz Antígono á su médico Erasistrato? ¿Qué no dió Fálaris á Policletes? Y Luis XI, rey de Francia, ¿no sabemos que, deseoso de vivir, pagaba á su médico el salario de diez mil escudos mensuales, suma exorbitante para aquel tiempo, con no recibir de él más que tormentos y crueldades? No dudo, hermanos míos, que si esperaseis de mí este beneficio de juventud é inmarcesible lozanía, os pondríais

á cualquier trabajo que os pidiese. Si os exigiera en retorno que perdonaseis á aquel enemigo, al punto le perdonaríais; que no soltaseis vuestra lengua blasfemadora, no la soltaríais; que lanzaseis de casa aquella ocasión, al instante la lanzaríais; por abreviar, viviríais como santos, si fuera menester, y á trueque de la prometida juventud y longevidad, dice el Crisóstomo, haríais y padeceríais mil trabajos: *Nihil est, quod pro hac promissione non eligeres tam facere, quam pati.*

Respondedme, pues: ¿no os he prometido, entre otros innumerables bienes, el de una juventud siempre lozana, siempre pujante é inmortal? Ciertamente. Renovarás, dice el Profeta, tu juventud con los bríos y pujanza del águila: *Renovabitur ut aquilae juventus tua* <sup>1</sup>. Esto sólo debiera inflamar vuestro corazón en vivísimos deseos de la gloria, y tener por ligeros los trabajos, y por dulces las amargas de este destierro. Mas ¿qué es esto, cotizado con los infinitos bienes y tesoros sin cuento que os prometí en nombre del Señor? La contemplación de los cielos, el señorío de cien mundos, la compañía de tantos ángeles y santos, la variedad de tantos deleites, la posesión de todas las ciencias, las dotes de vuestro cuerpo glorioso y la vestidura de inmortalidad, y señaladamente la visión clara de Dios, bastante por sí á henchir vuestro corazón con hartura perdurable: *Operatur omnia in omnibus* <sup>2</sup>. ¿Es posible que no hagáis por lo más y tanto más lo que haríais por la consecución de lo menos y tanto menos?

¿qué no debéis  
hacer prometién-  
doos Dios no sólo  
eso, pero bienes  
infinitos?

Conclusión a ma-  
dori por congre-  
recapitulación.

## X

Mas ¿que digo posible? Es la triste realidad de cada día. Los bienes de este mundo, hermanos míos, los bienes de este mundo, bienes pintados, contrahechos y mentirosos bienes, como los llama el Eclesiástico, *visa mendacia* <sup>1</sup>, son los que se estiman, los que se buscan, los que se compran á todo precio entre los hombres. Pero los bienes de la gloria no tal. Antes bien, en cuantos lances ocurren, lo prime-

Arg. 9.º  
Destina ge-  
neral y menespre-  
cio del cielo, por-  
que á todas las  
cosas se le postro-  
ne.

<sup>1</sup> Ps. cii, 5. - <sup>2</sup> 1 Cor., xii, 6. - <sup>3</sup> Eccl., xxxiv, 2.



ro que echamos, digámoslo así, por la ventana, es el cielo, es el paraíso. ¿Trátase de perder el cielo ó el dinero? Piérdase el cielo. ¿Trátase de renunciar al cielo ó al deleite bestial? Renúnciese al cielo. ¿Trátase de ceder la posesión del cielo ó el puntillo de honra? Cédase la posesión del cielo. ¿Qué enajenamiento es éste, oyentes míos?

Sale alegre el mercader del puerto, muy cargado de riquezas el navío, y si por desgracia en alta mar le sobreviene una borrasca que le pone á pique de perderse, lo primero que procura es asegurar sus mercancías, que forman su único caudal. Mas, si la furia de los vientos, la agitación de la nave, el embate de las olas, la grita de la marinería y la muerte, casi al ojo, le fuerzan á arrojarlas al mar, ¿qué hace el infeliz? ¿Echa por ventura mano de lo más precioso? No; mas con semblante triste y descolorido y con mano trémula vase primero á lo menos estimable. Toma, por ejemplo, las sacas de lana, y da con ellas en el mar alborotado. Si éste no desbrava, toma las de seda y lánzalas también.

Si la tempestad arrecia, despójase después hasta de los aromas y géneros más exquisitos. Pero quédale una arquita de oro, ó un estuche de preciosísimas joyas. ¡Oh, esto no le sufre el corazón arrojarlo! Ruge el mar, embravécese el mar, pide con sus bramidos la codiciada presa, mas él rehusa dársela. Escóndela, encúbrela con grandísimo secreto; y si los marineros dan con ella, y se empeñan en descargar totalmente la embarcación, tómala en sus brazos, apriétala contra su pecho, báñala con sus lágrimas, y, ya junto al agua, dos y tres veces saca los brazos en ademán de lanzarla, y dos ó tres veces arrepentido los retira, prefiriendo por ventura morir abrazado á su tesoro que sobrevivir á la pérdida de él.

Heranos míos en nuestro Señor Jesucristo, no hay trance ni tempestades en este golfo borrascoso que navegamos que nos fueren á arrojar á las furiosas olas la mercancía del cielo, porque todo lo deseable no se puede comparar con la joya del paraíso: *Omne desiderabile ei non potest comparari*<sup>1</sup>. Vale más que las riquezas, más que las dignidades,

<sup>1</sup> Prov., VIII, 11.

más que la reputación, más que la misma vida; vale tanto, que dice el gran Padre San Agustín que adquirirse puede, pero no puede tasarse su valor: *Aquiri potest, aestimari non potest*. ¿Qué es esto, pues, ¡oh hombres!, que lo primero que arrojáis al mar es el paraíso eterno?—Salvemos la hacienda, salvemos la venganza, salvemos la amistad, salvemos el casamiento y el noble parentesco, salvemos el regalo y el placer, que para el cielo espacio quedará más tarde. Más tarde pensemos en ello, más tarde nos confesaremos, más tarde nos convertiremos á Dios, y desandaremos lo andado, y recobremos lo perdido.

¡Oh ceguedad! ¡oh locura y frenesí de los mortales! ¡Oh hermoso cielo desconocido de los hombres, menospreciado de los hombres, hollado y escupido de los hombres! ¡Que haya tantos por esas calles y plazas tan encorvados y pegados á la tierra, como si hubieran propuesto fijar en ella los ojos y corazón para siempre! *Oculos suos statuerunt declinare in terram*<sup>1</sup>. No quieren alzar su frente á la patria bienaventurada: cosidos están con la tierra como brutos sin razón, de tierra hablan, en tierra piensan, y por la tierra se afanan y desviven. ¿Y seremos nosotros de ese número? Nunca jamás. No permita el Señor semejante bastardía. Del cielo somos, al cielo queremos ir.

Resolvámonos, pues, cuantos aquí estamos á despreciar con magnánimo corazón la basura y apariencias de este mundo, y, vueltos los ojos al otro eterno y bienaventurado, digámosle tiernamente: *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei*<sup>2</sup>. Maravillas nos cuentan de ti, ciudad de Dios y paraíso de deleites. Duéleme no haberlas antes entendido. Si te poseyes á la tierra, perdona mi insensatez; no fué mérito tuyo, sino locura y desconocimiento mío. En adelante, ¿quién jamás me apartará de ti? ¿Por ventura la tribulación? No, que tu memoria me la endulzará con suavísima alegría. ¿Las congojas y apreturas? No, que tú me ensancharás el pecho con firmísima esperanza. ¿Acaso el hambre? No, que tú me hartarás con la ambrosia de tus recuerdos. ¿La desnudez? Tampoco, que tú la cubrirás con manto de escar-

<sup>1</sup> Ps. xvi, 11.—<sup>2</sup> Ps. LXXXVI, 3.

por distribución y conversión.

Amplificación por semejanza del mercader,

que en medio de la tempestad

guarda tenazmente lo más precioso.

por incremento é hipérbolis.

Aplicación del simul a contrario.

por amarga permiación.

salvése todo y que se pierda el cielo.

Personación por afectos de desamor del mundo.

Dulce deprecación al cielo.

Fin y blanco de todo este discurso.

no aventurar el cielo por nada de la tierra.



lata. ¿Los peligros? Nunca me harán zozobrar, porque con tus áncoras me aferrarás al cielo. ¿Las persecuciones? Tampoco las persecuciones, porque tú me las pagarás en triunfos gloriosísimos. Pues ¿qué criatura será bastante á desquiciar mi fortaleza? ¿El cuchillo? ¿El filo de la espada? Tampoco el cuchillo ni la espada podrán apartarme de ti, hermosa patria mía, porque tú convertirás su hierro en oro resplandeciente, sus filos en rayos de luz, su hoja en corona de rubíes y esmeraldas. ¡Oh, qué gran verdad encierran aquellas palabras del Apóstol: No son de comparar las pasiones y trabajos de esta vida con la gloria venidera que se revelará en nosotros: *Non sunt condignae passionibus hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis!*<sup>1</sup> En nosotros, dice, porque tu gloria no estará fuera, como la que florece en el mundo, sino dentro, muy dentro de nosotros. A ti suspirará de día, á ti suspirará de noche mi yermo corazón, ya que no puede aún extender las alas y volar á tu descanso. A ti consagro mis pensamientos, á ti mis afectos, á ti todas mis ansias y latidos. ¡Dichoso de mí si aceptases ahora mismo este ofrecimiento en olor de suavidad! ¡Cuán gustosamente moriría! Pero, si rehusas aceptarlo por ahora, permaneceré aún, porque Dios lo quiere, en el lugar de mi peregrinación: *In loco peregrinationis meae*<sup>2</sup>. Mas ¿á qué fin? Solamente para dar á entender al mundo, por medio de la predicación, la verdad de lo que ha dicho Dios por Isaías, á saber: que los escogidos no trabajarán de balde é inútilmente por Dios nuestro Señor: *Electi mei non laborabunt frustra*<sup>3</sup>.

Optación terminada y

conclusión por propósitos.

<sup>1</sup> Rom., VIII, 18. —<sup>2</sup> Ps. CXVIII, 54. —<sup>3</sup> Is., LXV, 23.



## ÓBSERVACIONES CRÍTICAS

### ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMO

En pocos discursos hemos puesto tanto de nuestra cosecha como en éste<sup>1</sup>, para de tal manera variar la forma y las añejas teorías del orador del siglo XVII, que guardásemos toda la fuerza y hermosura del original. Pero no nos pesa de nuestra labor: es tanta la vehemencia de los afectos, la galanura de la frase, la noble robustez del raciocinio, la extremada popularidad y juntamente la sublimidad de las ideas, y sobre todo la progresión ascendente y descendente del plan oratorio, que en una sola pieza admiramos un discurso y un poema.

Digo un discurso que convence, y un poema que suspende y arrebatá; un razonamiento de teólogo y un canto de serafín; un viaje celestial y un éxtasis divino; un mundo de esperanzas y un sabor anticipado del convite de la gloria. Porque en él, á semejanza del mismo cielo que se describe, todos los sentidos hallan su deleite, todas las potencias su objeto, todos los deseos del corazón su cumplimiento y hartura. Las artes y las ciencias todas prestan al orador sus arreos y sus armas: la poesía, el encanto de las descripciones; la música, la sonoridad y consonancia de las cláusulas.

<sup>1</sup> Los primeros párrafos que van entrecomados en el texto. Dos camiones siguieron los traductores de este discurso. Los unos, como Las Casas, lo vertieron todo rastreramente, y aun lo afearon con muchas impurezas de estilo; los otros, como Fernández, borraron de una plumada todo el viaje aéreo con su acompañamiento de fábulas y mitología, sin reparar en que truncaban lastimosamente y desvirtuaban todo el discurso, dejándolo como columna sin base y edificio sin fundamento. Sistema cómodo, pero nada artístico. El tercer camino, y el más conforme á la mente del autor, sería traducir afectos por afectos, elocuencia por elocuencia y aun ideas por ideas, cuando éstas, comunes en otro tiempo, no chocasen en el nuestro; y si fuera posible, sustituir á los nueve cielos de los antiguos, el sistema hoy más general. El orador no es un astrónomo. Válese de las ideas más comúnmente admitidas para el fin que pretende, que es aquí levantar los corazones de la tierra al cielo. Este tercer camino he intentado yo seguir.



las; la astronomía, el número y tamaño de los cielos; la filosofía, el conocimiento del hombre y de la naturaleza creada; y más que todo, la teología le levanta al Criador y le revela la resurrección de la carne, la comunión de los santos, la visión bienaventurada, y el piélago sin riberas de espacio ni de tiempo en que se anegan los escogidos.

No nos maravilla lo que se cuenta sobre este discurso, y es que, queriendo su autor suprimirlo en la colección que daba á la estampa, por parecerle algo pueril y que no llegaba á la raya de los otros, al fin lo dejó, acordándose que á él debía la conversión de muchos pecadores. Nosotros creemos que no sólo no desdice de las demás oraciones, pero que hace ventaja á muchas de ellas en la inspiración natural que nos va remontando gradualmente sin desfallecer un punto, y en la fuerza que entraña para conseguir el fin que se propone.

Es el **fin próximo** representar á los ojos de los oyentes la entrada de una alma justa en los tabernáculos de Dios; y el **fin último**, engendrar en los ánimos gran menosprecio de las cosas de la tierra, y persuadir que nos dejemos hacer mil pedazos antes que pecar, con riesgo de perder el paraíso.

Los sentimientos que para ello excita son: el amor, el deseo, el gozo y la esperanza; tan eslabonados y juntos entre sí, que obran en los oyentes casi de golpe y los rinden con su fuerza. Para mover á **amor** del cielo, comienza en el exordio á despertar **horror** y **desvío** de la tierra, y va ponderando en la confirmación las maravillas de los espacios estrellados y las magnificencias de la gloria. Para encender el **deseo**, encarece los deleites de la patria, cotejándolos con la horrura de esta cárcel en que vivimos. Infunde el **gozo** dejándose llevar de éxtasis dulcísimos á la vista del sumo Bien; y aviva la **esperanza**, allanando las dificultades y abrazándose con Dios tan estrechamente, como si le tuviera en posesión segura. Así nos lleva de la tierra al cielo para gozar de sus delicias, y del cielo nos baja á la tierra para luchar contra nuestros enemigos y merecer así la gloria; y finalmente nos torna á llevar al cielo, donde los predestinados tienen fijos su corazón y sus ojos mientras peregrinan lejos de su patria.

¡Cómo se tocan y dan la mano la poesía y la elocuencial! Decímoslo, por la semejanza de afectos y aun de figuras y palabras de que se vale nuestro orador y aquel gran poeta, el cual, cuando contemplaba el cielo de innumerables luces adornado y tornaba los ojos hacia la tierra, rodeada de noche y sepultada en sueño y en olvido, exclamaba, despidiendo sus ojos larga vena:

Morada de grandeza,  
Templo de claridad y hermosura,  
El alma que á tu alteza  
Nació, ¡qué desventura  
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

¿Y qué movimiento más oratorio que éste?

¡Oh! despertad, mortales,  
Mirad con atención en vuestro daño:  
¡Las almas inmortales  
Hechas á bien tamaño  
Podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay!, levantad los ojos  
A aquesta celestial eterna esfera;  
Burlaréis los antojos  
De aquesta lisonjera  
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

Y ¿por qué razón? Por la misma que da nuestro orador:

¿Es más que un breve punto  
El bajo y torpe suelo comparado  
Con ese gran trasunto,  
Do vive mejorado  
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

.....  
¿Quién es el que esto mira  
Y precia la bajeza de la tierra,  
Y no gime y suspira,  
Y rompe lo que encierra  
El alma, y de estos bienes la destierra?

Pero aunque es así que la inspiración de SÁÑERI semeja á veces el soberano vuelo de Fray Luis de León, mas en cien pasajes se separa infinito, y cada uno se encamina derecho al fin y blanco de su arte. El poeta solo quiere desahogar el **amor** y la **pena** que despiertan en su pecho una ansia ardiente; el orador intenta arrastrar á los que escuchan al desprecio de las cosas temporales y á la mortificación de sí mismos. Aquél es un mero contemplador, éste eminentemente práctico. Aquél emplea la forma subjetiva, y sólo de pasada apostrofa á los mortales; éste sólo de paso se concentra en sí mismo y se deja extasiar, para volver con más valentía sobre los oyentes.

Cotéjese también nuestro orador en este discurso con



los prosistas españoles Granada, Rivadeneira y Malón de Chaide, que pintaron con maestría de pincel los deleites del paraíso, en las *Meditaciones*<sup>1</sup>, en la *Festividad de Todos los Santos*<sup>2</sup> y en la *Conversión de la Magdalena*<sup>3</sup>. Véase lo que tomó de ellos nuestro SEÑERI, y cómo, si bebió en esas puras fuentes el entusiasmo y la altura de algunos conceptos, toda la traza del discurso es de su caudal. Granada, hablando del cielo, es el más fecundo y original; Rivadeneira más teólogo, Malón de Chaide más pintor. Granada es el primero en la invención, Rivadeneira en la disposición, Malón de Chaide en la elocución y en primores de estilo. El uno es suavísimo, el otro es perfectísimo, y el tercero tan hermoso y brillante en el decir, que sus cláusulas parecen piedras finas arrancadas á los cimientos de la ciudad de Dios. Todos tres aventajan á SEÑERI en la unción y en la profundidad, y él los aventaja á todos en la fuerza de la intención oratoria.

<sup>1</sup> Meditación para el Sábado en la noche.

<sup>2</sup> *Flos Sanctorum*, Día primero de Noviembre.

<sup>3</sup> Parte cuarta, cap. xv.



## DISCURSO UNDÉCIMO

### DE LA PRONTA CONVERSIÓN

Querentis me, et in peccato vestro moriemini.

Vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado.

(JOAN., VIII, 21.)

### EXORDIO

#### I

COSTUMBRE es y estilo de los hombres que si dos enemistados tratan de reconciliarse entre sí y hacer las paces, no sea el ofendido quien primero las pida al ofensor, sino más bien el ofensor al ofendido. Así nos recuerdan las Sagradas Escrituras que, deseando Benadad, rey de Siria, reconciliarse con Acab, rey de Israel, á quien había irritado con sus armas, adelantóse á demandar perdón, y dió orden cómo algunos de sus ministros, vestidos de saco y cubiertos de ceniza, se encaminasen á la corte de Israel, y postros á los pies del enojado príncipe, con lágrimas en los ojos y sogas al cuello, en ademán de suplicantes, le pidiesen la codiciada paz.

*Ab insignifíca,*  
de, del pedir las  
pices los ofensor-  
res, no los ofen-  
didos.

por ejemplo del  
rey Benadad.

Muy de otra manera os portáis vosotros, hermanos amadísimos, respecto de Dios nuestro Señor. Porque, la mano en el pecho, respondedme: ¿quién es aquí el ofendido, vosotros de Dios, ó Dios de vuestra ingratitud y villanía? Cierro que vosotros sois los que ofendisteis y ofendéis por ventura á su divina Majestad; vosotros sois los quebrantadores de su ley y menospreciadores de todos sus mandamientos.

Aplicación: Dios  
el ofendido

(explicación)



Ofendisteis de pensamiento, ultrajásteis de palabra, vilipendiásteis de obra. Parecía, pues, muy puesto en razón que os anticipáseis vosotros á enviar embajadores de paz y poderosos medianeros que negociasen con el Rey del cielo vuestra reconciliación. Mas Dios nuestro Señor, con extraña liberalidad, ha mandado á sus ministros á solicitar la paz; hame enviado á mí, aunque indignísimo, cerca de vosotros; no de otra suerte que si vosotros fuerais los ofendidos y Dios el ofensor, y no como ello es en realidad, Dios el ofendido y vosotros los ofensores.

pide la paz á los ofensores, por mi medio.

Comunicación,

Desearía, pues, hermanos míos, que me dijeseis si están ya las paces concertadas. Ciertamente, al considerar la asistencia, el fervor y devoción de la mayor parte de mis oyentes, inclínome á creer que sí; pero como siempre se hallan desgraciadamente algunos de más rebelde y empedernido corazón que dejan pasar la oportunidad de ponerse bien con Dios y reconciliarse con su Majestad ofendida, diciendo que tendrán tiempo á la hora de la muerte vengo hoy á intimaros en nombre de nuestro Señor Jesucristo que, si **no aceptáis ahora las paces que os ofrece y os demanda, no las aceptará él cuando vosotros se las ofrecáis y demandéis: Quaretis me, et in peccato vestro moriemini**: Buscaréisme á mí, y moriréis en vuestro pecado. Conque ¿no os aterroriza, no os estremece, no os confunde el espantoso trueno de la divina intimación? *In peccato vestro moriemini*; en vuestro pecado moriréis. ¿Oísteislo, pecadores? En vuestro pecado moriréis. ¿Quién osará, pues, repetir que no es menester para salvarse vida santa, sino santa muerte? ¡Oh abuso y perversidad del corazón humano! ¡oh consejos desalumbados! ¡oh maldita resolución! ¿Cómo podéis prometeros santa muerte, si el mismo que ha de dáosla dice que no os la concederá, antes con palabras espantosamente claras os protesta que moriréis en pecado: *In peccato vestro moriemini*?

y proposición del discurso;

semillas de los argumentos y afectos generales.

Precauciones oratorias,

Mas, porque nadie crea que quiero doblegarle á fuerza de gritos y desaforadas declamaciones, pienso seguir hoy otro camino; y así, estadme atentos, que más que sermón será mi discurso una consulta ó amigable plática. Vamos, pues, á tratar sencillamente el gran negocio de vuestra conver-

sión y á examinarlo con todas veras y claridad. Si, oídas por mis razones, os pareciere cordura aplazarla, según sentís ahora, para lo postrero de vuestra vida, no seré yo quien os fuerce á apresurarla; mas si vieréis con vuestros mismos ojos el engaño, ¿llevaréis á mal que os exhorte con todo miramiento y cortesía, ó más bien que os pida y os anime á enmendaros, á fin de que no seáis del miserable número de los pecadores engañados? Asístame el favor divino; y no me neguéis vuestra benévola atención.

por dilema y comunicación.

## PRIMERA PARTE

### II

Pero antes de proseguir, ¿qué hombre hay, pregunto, tan enemigo de sí mismo que, pudiendo librarse desde luego del grave mal que le aqueja, se detenga en él muy pausada y advertidamente? ¿Qué preso, pudiendo quebrantar los grillos, se detuvo en escapar? ¿Qué enfermo, estando en su mano despedir la dolencia, dilató la curación? ¿Qué náufrago, pudiendo, acostándose, tomar la playa, se entretuvo en el vaivén de las tempestuosas olas? Y pudiendo vosotros asegurar de presente vuestra salvación eterna, ¿la aplazaréis para adelante? Acaso nunca ponderasteis la profunda ceguedad de Faraón, terco y obstinado entre las plagas célebres que afligieron el Egipto. — ¡Ay de ti, malaventurado rey!, díjole Moisés: si no dejas salir á mi pueblo, pronto y muy reciamente lo pagarás. No armaré contra ti numerosos ejércitos de guerreros esforzados; no traeré para tu castigo los rayos del cielo, ni los leones del desierto, ni las fieras de los montes. ¿Sabes de qué me valdré? Para baldón y afrenta de tu poderío, haré salir, en nombre de mi Dios, de los pantanos y lagunas ejércitos de vilísimas ranas. Y estas flacas y desarmadas bestezuelas tomarán mi partido, y se vengarán en tu cabeza, y cercarán tu palacio, y ocuparán tus salones, y te lanzarán de tus mismos retretes y aposentos. — A risa tomó Faraón las amenazas del Profeta; mas presto

Arg. 1.º Ab in honesto. Es necesidad no huir pronto de los males que nos aquejan.

Luego es necesario dilatar la conversión

Antec. por inducción;

por ejemplo ilustrado. Faraón fué un monarca que dar largas al remedio de sus males:

Luego más citados sois vosotros si dilatais la conversión.

Antec. por las circunstancias del hecho



Primera parte.  
prosopeya, ha  
bia Moisés.

descripción por  
incremento de la  
ra-  
nas.

Segunda parte.  
Respuesta mecia  
del Faraón.

(dialogismo).

Amplificación de  
ella por los adun-  
tos de la grande-  
za de la plaga.

la risa tornóse en amargo llanto. Al imperio de Moisés sal-  
taron repentinamente de los pantanos y ríos, de las fuentes  
y lagunas, enjambres mil de cenagosos y chirriadores ani-  
malejos. Derramáronse por la ciudad, y la entraron, por  
decirlo así, á saco, como furiosos enemigos; apoderáronse  
de las fortalezas, cerraron las calles, introdujéronse en las  
casas y, avanzando victoriosos hasta el regio alcázar, sal-  
tearon á Faraón en su mismo sitial. Si se asentaba á com-  
mer, forzábanle á levantarse de la mesa; si se escondía en  
ocultas estancias, obligábanle á salir de su encerramiento;  
si se echaba á dormir, constreñíanle á saltar rabiosamente  
de la cama.

Figuraos cuál estaría de congoja y sobresalto el pecho de  
Faraón, puesto por tales sitiadores en trance de muerte.  
Llamó á Moisés, pesaroso del pasado yerro.—Has venido,  
díjole con muestras de arrepentimiento; ruega á tu Dios  
que aparte de mí y de mi pueblo esta calamidad, y soltaré  
á tu gente para que sacrifique en el desierto: *Orate Domi-  
num, ut auferat ranas a me et a populo meo, et dimittam po-  
pulum, ut sacrificet Domino* <sup>1</sup>. Moisés, que deseaba la con-  
versión, no la perdición de aquel impío,—Que me place,  
le respondió; y ¿cuándo quieres que ruegue por ti y por tus  
siervos y por tus vasallos, para que el Señor arroje de vos-  
otros este ejército devastador? *Constitue mihi, quando depre-  
cer pro te, et pro servis tuis, et pro populo tuo, ut abigantur  
ranae* <sup>2</sup>. Paróse Faraón como quien toma consejo, y díjole  
después: Mañana, sí; mañana deseo que roguéis por mí.  
*Qui respondit cras* <sup>3</sup>. Y así puntualmente se cumplió.

Hermanos míos: ¿Quién, al ver este relato, no se pasma  
de la insensatez de Faraón? ¿Cabe mayor locura y desati-  
no? Rodeado de enemigos, tanto más fieros cuanto más in-  
evitables; aquejado por la muchedumbre que ha invadido su  
palacio, trocando en charcos y pantanos los salones y lujos-  
sas galerías; enfadado con los chirridos; atormentado con  
la vista; molestando con la inmundicia y hedor de tantos ani-  
males, que ni come, ni bebe, ni descansa, ni se recrea en un  
solo punto, en ofreciéndosele ocasión de librarse en un mo-

<sup>1</sup> Exod., VIII, 8.—<sup>2</sup> Ibid., 9.—<sup>3</sup> Ibid., 10.

mento, da largas, entretiene el tiempo y responde que ma-  
ñana. Y ¿por qué no hoy?, exclama elocuentemente San Am-  
brosio. ¿Cómo en tanto peligro tan corta resolución? Si no  
hubiera arbitrio de salvarse prestamente, no me maravilla-  
ra; pero Moisés no fija plazos ni dilata el remedio. Dime,  
¿cuándo quieres que ruegue por ti? *Constitue mihi, quando  
deprecer pro te*; como si más claramente le dijera: Cuando  
tú quieras, yo satisfaré á tu demanda; á ti cumple ordenar,  
á ti disponer este negocio, como y cuando te pluguiere; ¡y  
el desaconsejado Faraón responde que mañana! Debiendo,  
en tan urgente necesidad, dice San Ambrosio, rogar á Moi-  
sés que orase sin dilación, respóndele que al día de maña-  
na. ¡Ay de ti, perezoso y negligente Faraón, que pagarás  
la pena de tu tardanza con la ruina de todo Egipto!

Paréceme que ninguno de vosotros dejará de lamentar  
tanta ceguera, y respuesta tan desvariada. Pues, si debe  
reputarse por desvarío y ceguera ese descuido de la salva-  
ción del cuerpo, ¿qué diremos de vosotros, de vosotros,  
digo, que puestos á peligro de perder, no la vida temporal,  
sino la eterna; y estando cercados de continuo, no de viles  
animalejos, sino de ferocísimos demonios, que hambrientos  
desean tragáros el alma pecadora; y viéndoos alejados de  
Dios, desheredados del cielo, mercedores del infierno que  
ruge á vuestros pies, á pesar de todo, no acabáis de resol-  
veros, ni de salir del hondo precipicio? ¿Páltaos, por ven-  
tura, una mano bienhechora? No, no faltan fervorosos Moi-  
sés, que os ofrecen cada día remedio y salvación, diciéndoos:  
*Constitue mihi quando deprecer pro te*. Sentados están los sa-  
cerdotes en el sagrado tribunal de la penitencia, segura la  
libertad, el socorro cierto, con qué el pecador recurra á  
ellos con fiadamente. Y ¿hay quien no acuda? Y ¿hay quien  
responde que mañana? ¡Oh, infelices y empedernidos pecadores!  
Tal es nuestra maldita costumbre y perversísimo  
lenguaje, enfermar, dar largas, engañar el tiempo. Hablo á  
aquél, encenagado en torpezas, y le digo:—Hermano, vais

de la facilidad del  
remedio.

por testimonio de  
San Ambrosio.

Aplicación á for-  
tiori:

á mayores peli-  
gros.

á más facilidad,  
de salvaros, veo  
más dureza y re-  
beldia:

por apóstrofe in-  
signes,

<sup>1</sup> Cum deberet, in tanta positus necessitate, rogare ut jam oraret, nec differret, respondit: crastina die: otiosus et negligens morae poenam Aegypti solutaris excidio.